

Ayer escuché su discurso muy devotamente, cada palabra que pronunció, más o menos una hora y diez minutos, hasta la última palabrita. Cada hijo, la señora, yo estaba contento viendo lo feliz que estaba la señora diciendo que ahora sí. Pareciera que empieza la historia; pero, bueno, lo escuché todo, y los escuché a todos.

Andrés Izarra.—Una última pregunta, Comandante, antes de pasarle la palabra a Walter, ya que usted menciona el tema de Colombia, y un poco atando lo que dice Mario.

Fidel Castro.—Incidentalmente, ¿sabe?

Andrés Izarra.—Sin llegar a los puntos de ebullición de dos zonas geopolíticas a que usted ha hecho referencia, el asunto de las Coreas y el asunto del Medio Oriente.

Recientemente en Suramérica hemos tenido unos niveles de tensión importantes y se ha destacado en varias oportunidades el rol de Colombia como el Israel de América. Esas tensiones que se vivieron y que de alguna forma siguen, porque las relaciones entre Colombia y Venezuela siguen rotas, ¿qué opinión le merece a usted esta situación? ¿Qué análisis hace usted de este rol que está cumpliendo Colombia y de estas tensiones que están surgiendo en Suramérica, a raíz de ese rol de un gobierno militarista, guerrerista que tenemos en la región?

Fidel Castro.—Yo opiné sobre todo eso, lo escribí en las reflexiones.

Andrés Izarra.—Usted tiene un libro sobre eso, incluso.

Fidel Castro.—El libro “La paz en Colombia” fue muy inicialmente, me costaba mucho más trabajo hacerlo todo, porque yo salí de una situación de mucha gravedad, no creí que iba a recuperarme. Bueno, entre otras cosas, para darte una idea, tenía el accidente, para volver a escribir yo tuve casi que aprender a escribir otra vez, y cuando escribía, volvía a arreglar. Una dedicatoria casi no la podía hacer, ya no era solo el brazo, yo estaba aprendiendo a escribir casi, sino que volvía a repetir, porque queda el trauma, qué tiempo estuvo uno sin conocimiento; en fin, pero tuve que hacer grandes esfuerzos, y por aquellos días escribí y dije algunas cosas, hice un poco la historia de Centroamérica, del movimiento revolucionario.

Me acordaba mucho de Tarek William Saab, de allá de Anzoátegui, que venía, que estuvo en Paquistán, que visitó nuestra brigada, y había leído con indignación cómo se quejaba de que los yankis le habían enviado a Villalobos, que estudió en la Universidad de Oxford nada menos, era el revolucionario. Todo eso se asocia con la muerte de un poeta, un gran poeta allá, que cuando lo acusaban de eso a uno le parecían calumnias, mentiras de las tantas que dicen.

Bueno, cuántas horas dediqué yo a ese problema de El Salvador y a la lucha en El Salvador, y a cada uno de los combates aquellos; y en las transferencias de tecnología de Viet Nam, cómo era entrenada la gente que penetraba en grupitos de hombres, cómo es que un puñado de combatientes liquidaron una brigada completa en Valparaíso, una brigada completa, y a la hora en que hicieron todo eso. Es decir, estaba familiarizado, y no era poco mi asombro cuando vi que le estaban enviando a Venezuela, a la Revolución Venezolana, a un gobernador de uno de los estados más ricos de Venezuela, un asesor para que le dijera cómo había que gobernar. En esos días yo estaba recuperándome, hice un esfuerzo. Nunca estuve de acuerdo con los prisioneros que retenían meses y años, tenían que sufrir mucho aquellos hombres cautivos.

Estaba de acuerdo totalmente con las aspiraciones de Marulanda, que era un



Foto: Roberto Chile

revolucionario verdadero, un hombre que quería cambiar aquella situación, es una historia que se conoce muy bien. Está el historiador Alape, un magnífico historiador, yo lo conocía muy bien, sabía de eso, de todo; en fin, los personajes de aquella época yo los conocía y conocía sus políticas, además, eran partidarios de la paz y de la unidad; pero les mataron mucha gente.

Eran del partido comunista, se separaron los de Marulanda y se separaron porque defendiendo la paz el partido comunista los llevó a compromisos que la oligarquía no cumplió, le mataron miles de cuadros. Entonces Marulanda reacciona y dice que nunca más discutiría con esa oligarquía, que era tiempo perdido, y yo lo defendí; pero no podía estar de acuerdo con los prisioneros aquellos y que estuvieran pidiendo rescate por ellos, porque en el libro de *La victoria estratégica* —eso salió publicado hace unos días— se puede demostrar cuál fue nuestra política de guerra y nosotros ganamos la guerra por nuestra política, no por nuestra fuerza. Nuestra fuerza era insignificante, pero no se sabe lo que puede una fuerza insignificante apoyada en la moral y en la razón.

¿Cuántas armas tenía Batista? Tenía 100 000. ¿Cuántos hombres? Cien mil hombres, entre soldados, marinos, policías, etc. ¿Quién los suministraba? Estados Unidos, armas modernas. ¿Qué teníamos nosotros? Unos pocos fusiles que fuimos recogiendo y lo demás se lo íbamos arrebatando al enemigo, y, al final, en menos de dos años, en menos de dos años, en siete u ocho meses derrotamos al régimen y nos apoderamos de las 100 000 armas totalmente, las 100 000 armas aproximadamente, no solo por nuestra fuerza, sino por nuestra moral.

Entonces no podíamos estar de acuerdo, no se gana jamás la guerra si los prisioneros..., quién va a querer caer prisionero. Cuando tú matas a los prisioneros lo que ocurre es que te cuesta mucho más. Un hombre con un fusil ametrallador, atrinchado detrás de la doble rueda trasera de un camión, si cae en una emboscada, no se sabe cuánta gente puede matar, y lo hace aun sabiendo que si cae prisionero no lo matan, imagínate que esté convencido de que lo matan, o va a soportar durísima

retención durante años ¿qué soldado quiere caer prisionero? Eso lo critiqué siempre.

Era partidario de la paz en Colombia, por eso se llama así el libro *La Paz en Colombia*, es todo lo que pienso en torno a eso. Ahí está plasmado el pensamiento con relación a Colombia y el porqué de nuestras posiciones, que son inexpugnables, porque son justas, porque son limpias.

Teníamos razón en desear la justicia y teníamos razón en promover que hubiera la paz en ese país, y éramos partidarios de la lucha, porque si usted no la puede obtener por otras vías entonces la tiene que obtener por la vía de las armas, es como se han hecho todas las revoluciones, hasta que llegó un momento en que ni los imperios ni los revolucionarios pueden alcanzar sus objetivos por la vía de las armas. Mira la conclusión: ni el imperio ni los revolucionarios.

Alguien dice: Bueno, ahora voy a buscar un fusil. ¿Qué armas va a buscar? Un fusil. ¿Un fusil o una pequeña bomba nuclear, qué es lo que va a buscar para...? ¿Y qué vas a hacer, matando lo vas a conseguir? Esas son las ideas que yo digo, los conceptos. Si uno piensa con los conceptos de antes, no saca esas conclusiones.

Andrés Izarra.—Comandante, ¿usted cree que haya alguna posibilidad de que Colombia ataque a Venezuela?

Fidel Castro.—No hay ni la más remota posibilidad de que Colombia ataque a Venezuela.

Vanessa Davies.—¿Por qué?

Fidel Castro.—Primero, porque no le interesa; segundo, porque no puede; tercero, porque no quiere; cuarto, porque sabe que las consecuencias serían desastrosas. Creo que ya son cuatro razones.

Walter Martínez.—Comandante, han estado flotando en este diálogo temas muy importantes.

Hace pocos momentos usted hablaba de la crisis de Suez, que nos trae varias lecciones que podemos extrapolar. Pero, ya que acaba de hacer una referencia tan contundente, voy a remontarme al senador Paul Coverdell, el ponente fundamental del primer Plan Colombia.

Paul Coverdell murió el 18 de julio del 2000, senador de la derecha estadounidense, cuando convenció al Congreso para

que diera los fondos para el primer Plan Colombia, hizo una síntesis truculenta, pero que vale todavía.

Habida cuenta de la importancia geopolítica, económica y estratégica y el poderío desde el punto de vista energético que representa Venezuela, Paul Coverdell hizo una síntesis ante el Congreso de Estados Unidos y dijo: “Para controlar a Venezuela necesitamos ocupar militarmente a Colombia.” El Congreso le dio los fondos para el primer Plan Colombia, pero a condición de que hubiera en el terreno jueces militares que pudieran in situ, juzgar de inmediato a cualquier militar colombiano que estuviera en contubernio con los paramilitares, los que violaran los derechos humanos y los que llevaran por delante las reglas éticas de la confrontación. Pero el eje era: “Para controlar a Venezuela necesitamos ocupar militarmente a Colombia.”

Han evolucionado el tiempo y las circunstancias, Colombia ahora tiene siete y más bases militares estadounidenses, ya nadie duda de que la mayor riqueza energética está en Venezuela, ahora ya a escala planetaria. Después que logramos controlar, sacar a las trasnacionales aparecieron las verdaderas riquezas y lo que nos tenían oculto. ¿Cómo juega esta frase y esta realidad, habida cuenta de la presencia con inmunidad de las tropas estadounidenses y las israelíes en territorio colombiano?

Fidel Castro.—Sí, ¿y qué más? ¿Qué hace falta para poder llevar a cabo el plan de este...?

Walter Martínez.—Coverdell.

Fidel Castro.—Yo no me voy a tratar de aprender el nombre, ya tú lo tienes...

Walter Martínez.—Es que además Coverdell era el vocero de una política; no importa Coverdell que ya murió, la política sigue en pleno desarrollo.

Fidel Castro.—Y ya por fin han logrado tener las bases, ya tienen a Colombia, todas las bases que quieren. ¿Y qué más necesitan?

Walter Martínez.—En principio voluntad política.

Fidel Castro.—No, vamos a suponer que tienen la voluntad de atacarla. Tiempo, es una de las cosas que necesitan.

Walter Martínez.—La maniobra es espacio y tiempo; el espacio lo tienen.

Fidel Castro.—Tiempo; pero no lo van a